

RECUERDOS



GRUPO: LAS INDECISAS, COLEGIO MANUEL PELETEIRO, 2º ESO A

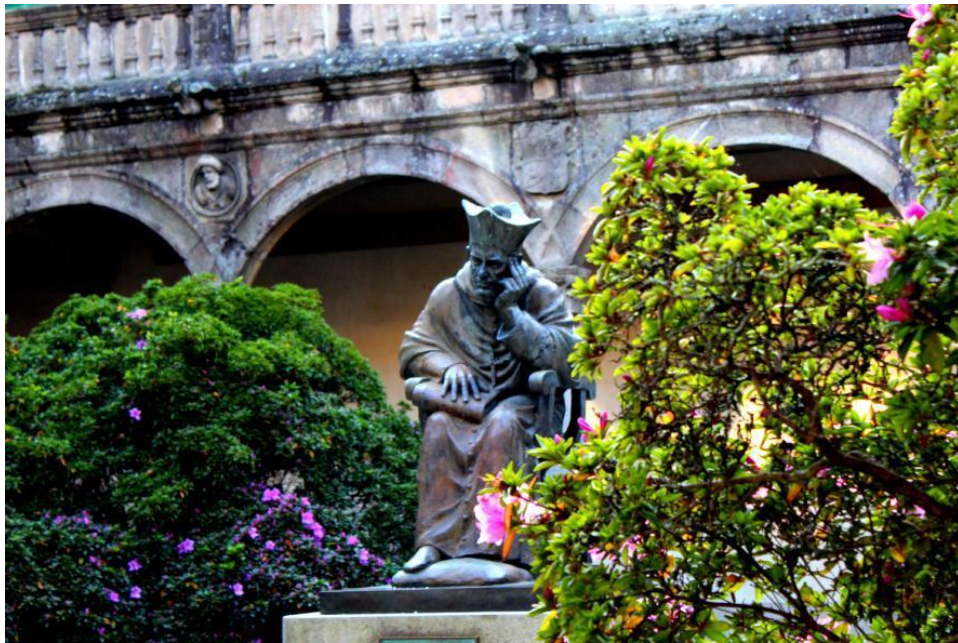
FORMADO POR:

- Rita Sofía Carballeira Bernárdez
- Irene López Rodríguez
- Lara Pulido Fraiz

COORDINADO POR: Alberto Pérez Cesar

FOTOGRAFÍA POR: EL PROPIO GRUPO, SALVO LA IMAGEN DEL ATLAS, TOMADA
POR LA PROFESORA LALIS DE NUESTRO COLEGIO

Una especie de hechizo misterioso, indescifrable, me envuelve. No lo entiendo, de repente dejo de ver las cosas que me rodean, empiezo a ver letras y letras y si me fijo bien, descubro textos que tienen cierto sentido. Después de observarlos me doy cuenta de que son los que me estudié en la facultad, los de los libros, así que, permito a mi memoria que tome las riendas del asunto y me conduzca a un largo y extraño viaje por todas aquellas palabras que significan y siempre significarán algo para mí. No, no es la primera vez que me pasa y desde luego no será la última (o al menos confío en que así sea). Cierro los ojos y empiezo a verlos de nuevo con toda claridad. Ahora solo hace falta que me deje llevar...



Alfonso de Fonseca, eclesiástico de Santiago de Compostela

Corría el siglo XV. Alonso III, un gran eclesiástico, obispo, más también, un mecenas español, manda construir un palacio, el "Palacio Fonseca". Nacido en Santiago de Compostela, parecería un gallego más, pero no, fue el hijo del arzobispo de Santiago Alonso de Fonseca y Acevedo, y su esposa María de Ulloa¹.

¹ es.wikipedia.org/wiki/Alonso_de_Fonseca_y_Ulloa

Hijo de buena familia, estudió leyes y teología en Salamanca. Ese palacio será apodado en su honor, el Palacio Fonseca y el mismo nombre recibiría la plaza, Plaza de Fonseca. Ya decidida la construcción, los arquitectos Juan de Álava y Alonso de Covarrubias se encargarían de los planos. Juan, uno de los más destacados representantes del plateresco español, ya había realizado diversos trabajos por encargo de Fonseca en Santiago, mientras que a Alonso, arquitecto y escultor, se le atribuyen por parte del arzobispo, el gran colegio Mayor de Santiago el Zebedeo en Salamanca y el Colegio Mayor de Santiago Alfeo, o más conocido, el Palacio de Fonseca. Alonso de Gontín y Jácome García se encargan de su construcción y, finalmente, en el 1495, lo finalizan.

La gente lo mira. Es un edificio renacentista. ¿Y a que se refiere? Pues, adiós al arte gótico, adiós a lo moderno. La inspiración viene de más atrás, de la arquitectura clásica, el renacimiento del arte de antaño. Es la época de Miguel Ángel, Leonardo Da Vinci, Donatello...



Rúa do Franco, Santiago de Compostela

De repente despierto como de un sueño. Miro a mí alrededor, sigo en el Palacio. Sí, otra vez ocurrió, aunque no es tan malo. Me levanto, y comienzo a pasear por el jardín. Tengo una gran facilidad para, después de haber visto una cosa, un edificio, un objeto, recordar su historia, como si yo también hubiera estado presente.

Soy un profesor de historia. Estamos en las vacaciones de verano y decidí visitar este famoso lugar del que tanto se habla, Santiago de Compostela. Tal vez debería haber venido en el Xacobeo –pienso– pero seguidamente deniego la idea. Tanto alboroto, tanta gente de un lado para otro, tanto ruido... No, sinceramente, es mejor así. Más calma, más tranquilidad para pensar. Prosigo con mi visita. Observo sus preciosas columnas, alargadas, con una base y unos grandes rulos arriba. Una media sonrisa cruza mi rostro. ¿En quién estaría pensando el arquitecto que hizo la primera columna jónica? Tal vez en alguna muchacha de largos cabellos, rubios, ondulados y de amable sonrisa... Una chispa de amargura cruza mis pensamientos. Mejor será girarme. Doy unas vueltas por el claustro. Es muy bonito, en el centro se halla una estatua de Alonso de Fonseca rodeada por cuatro setos de bellas flores, pero eso no me ayuda a olvidar. Decido entrar en el interior del edificio. Dando un paseo llego a la capilla. Continúo cuando... ¡Qué bonito! Mi mirada se dirige hacia el artesonado mudéjar que se encuentra en el techo. Mucha gente pasa cerca de mí, pero no se detienen a mirar. Las personas no se paran con calma a admirar la belleza de todo, siempre andan con prisas, de un lado a otro. Suspiro, y me dirijo hacia el Salón de Grados. ¡Qué recuerdos! Aún me acuerdo de cuando yo mismo hice el doctorado. Estaba muy, muy nervioso. Pero, sí, finalmente lo conseguí en historia antigua. La última sala que me faltaba por visitar era la Biblioteca.

Este gran palacio, actualmente se utiliza como la Biblioteca Xeral da Universidade. La verdad es que me gustaría poder ojear algún que otro libro, aunque es muy tarde y necesito buscar un sitio para comer.

Doy unos pasos y salgo de Fonseca, ¿qué camino puedo tomar? Dejo a la suerte que decida y camino hacia una de las calles cercanas. Un letrero cuadrado me indica que estoy en la "Rúa do Franco". No lo puedo evitar y recuerdo por segunda vez en el día una vieja historia. Junto con la ciudad, había nacido el Franco. Pero su historia se centra más en el origen de su nombre que en su construcción. Desde el principio de las peregrinaciones aquellos que llegaban desde más allá de la frontera con Francia eran llamados "los francos". Al entrar en la plaza del Obradoiro solían pasar por allí y los lugareños le dieron el nombre en honor a ellos. Por fin salgo de mi ensoñación y miro la calle. No es difícil ver el enorme progreso que ha experimentado a través del tiempo. En la actualidad se dice que es una de las más concurridas de la ciudad y yo tras verla, lo creo. Mientras camino por ella no paran de ofrecerme dulces o muestras de la tarta de Santiago. Al final no puedo resistirme más y pruebo uno de los trozos en uno de los locales. Con razón se la reconoce como un lugar clave dentro de la gastronomía de la ciudad. ¡Qué dulce sabor! Definitivamente, al marcharme tengo que llevarle una a mi familia... No puedo, es cierto, hace mucho que no hablo con ellos. Es posible, incluso, que hayan muerto. No tardo en entristecerme, ¿cuál había sido el origen de nuestro enfado? Ya ni siquiera lo recuerdo, no fue importante, y sin embargo sí que trajo muchos problemas... Lo mejor es no pensar en ello. Miro a mi alrededor e intento centrarme en la visita. Un chico de unos 35 años al que debo llevar cuatro, se choca conmigo interrumpiendo cualquier pensamiento.

No se lo reprocho. La verdad es que sí hay mucha gente en la calle. Píde perdón y, al igual que yo, sigue caminando.

Pasa un rato y llego a la “Porta Faxeira”, situada en frente del parque conocido como “la Alameda”. Su nombre se debe a que allí estaba situada una de las siete puertas a través de las cuales se podía entrar en la ciudad cuando esta estaba amurallada. Su construcción habría tenido lugar en el Medievo, tras la incursión de Almanzor, ya que necesitaban prevenir Santiago de un posible nuevo ataque. Esto tranquilizó a todos los ciudadanos que tenían miedo a la guerra, ya que así estaban protegidos. Esta vez ni siquiera me había dado cuenta, simplemente me había quedado pensando, inmóvil. En cuanto vuelvo a la realidad me doy cuenta de que frente a mí hay una pequeña placita con unos pequeños restaurantes con terraza.

De hecho, si lo pienso bien, tengo un poco de hambre y ya es la hora de comer. Lo mejor va a ser que vaya a una de las terrazas. Allí un amable camarero me atiende y diez minutos después tengo mi comida lista. Cuando termino de comer retiran el plato y sobre la mesa solo quedan varios trocitos de pan. Correteando por el suelo hay unas pequeñas palomas a las que les doy lo sobrante. Al verlas allí comiendo las migas de pan, no puedo evitar acordarme con gran amargura de mi infancia. Eran tiempos felices. Yo vivía con mis padres en una pequeña casa en las afueras de una ciudad de Navarra. Allí todo estaba lleno de palomas, los niños jugábamos con ellas todos los días y siempre llevábamos migas para dárselas. Un día como cualquier otro, mis padres tuvieron que ir a la ciudad por cuestiones de trabajo y me dejaron al cuidado de mis abuelos. Recuerdo perfectamente aquella tarde de otoño. Hacía calor y los colores que predominaban eran el naranja, el marrón y el amarillo. Salí a jugar con mis amigos y allí estaba cuando mis padres se marcharon de casa. No sé qué ocurrió, pero sí sé que

a las tres horas vinieron unos policías a darnos la noticia: habían muerto.

Me levanto rápidamente intentando alejar estos pensamientos. Son ya las 3, tengo que seguir con la visita, de hecho, tengo que apresurarme, es tarde. Mi próximo destino es "O Toural". Camino apresuradamente por las calles de Santiago hasta llegar a mi destino, cansado, ya que había utilizado al máximo mi energía para correr a una velocidad vertiginosa, con el único propósito de memorizar y observarlo todo más rápidamente, y, en fin, a quién quiero engañar, también para intentar alejar de mi mente los fantasmas que me acechan en cuanto me descuido, en cuanto dejo a mi cerebro libre albedrío, cuando le permito viajar atrás en el tiempo, lo cual hace que reviva aquellos desgraciados tiempos de mí ya lejana niñez. Pero el caso es que ahora estoy aquí, delante de la plaza del Toural. Lo primero que veo es el Pazo de Bendaña, un palacio urbano de los marqueses de Bendaña construido allá por el siglo XVIII por un arquitecto llamado Clemente Fernández Sarela. Sé mucho sobre este hombre. Fue un maestro de arquitectura encargado de grandes obras como la rehabilitación de la puerta de la muralla de San Francisco. El palacio, con detalles barrocos, tiene tres plantas unidas por una escalera central. Desde fuera puedo apreciar unos balcones que dan a la plaza, supongo que desde ellos se tendrá una buena vista de la ciudad, como las vistas de... alejo la idea de mis pensamientos al igual que mi mirada de la fachada del edificio. Inmediatamente después mi mirada se centra en una fuente, conocida con el nombre de la fuente del Toural.

De repente, empiezo a vislumbrar libros, páginas, que hablaban de la fuente, en fin, lo que ya me había ocurrido antes, soy un profesor de historia, y me apasiona mi trabajo,

me gusta aprender, y parece que soy capaz de retener la información extraordinariamente rápido y permanentemente. Sí, recuerdo perfectamente la pequeña historia de la fuente, desde que fue construida con 300 años de retraso por la falta de agua con que alimentarla, hasta aquello que decía mi profesor de la universidad, Diego. Era algo de que contenía una moraleja, sí, que la opinión de la gente no siempre es... sí, ¡ya me acuerdo! Resulta que en un principio, la fuente iba a representar al dios Marte, pero alguien dijo que se parecía al general Quiroga, un liberal proscrito, así que rápidamente, se cambió esta imagen por la de un áncora de vino. Me acerco un poco más, no, en sí no es hermosa, pero esconde secretos, ha presenciado muchos hechos, así que merece mi atención.

Saco del pequeño bolsillo de mi cazadora la guía turística. En un principio la llevaba por un simple formalismo, pero parece ser que me engañé a mí mismo en cuanto a los límites de mi conocimiento sobre Santiago, así que no me queda más remedio que recurrir a una medida extrema. Empiezo a leer: "Fuente cuadrada de



Atlas, Palacio de Bendaña, Santiago de Compostela

En su centro hay un cuerpo cuadrangular con cuatro caños enmarcados por una figura circular...”.² Sí, en verdad creo que estas palabras quedarán grabadas en mi disco duro, pero... por estos tiempos aún soy joven, con un inquieto espíritu aventurero y aunque hasta hace poco me pasase horas y horas encerrado en mi casa estudiando para conseguir el doctorado, y no sin gran disfrute por mi parte, me parece inadmisibles que una guía turística tenga un argumento tan pesado. Personalmente prefiero algo más ameno, ligero, pero muy directo, estoy de vacaciones, ¿no? Todos mis conocidos me las han recomendado ya que me repiten constantemente que me estoy convirtiendo en el típico adolescente que se pasa los días encerrado en la habitación, a pesar de que hace muchos años que deje atrás esa etapa de mi vida. Además los otros simplemente se encierran en su cuarto, generalmente para chatear con los amigos, yo no, yo estaba estudiando para conseguir el doctorado en historia antigua. Sí, ahora mismo ya lo he conseguido. El caso es que la guía de turismo no tarda en aburrirme mortalmente, así que, ¿por qué no? Me adentro en una pequeña aventura. Mi plan es preguntar a la gente acerca de sus conocimientos sobre esta plaza, en concreto sobre esta fuente, porque, naturalmente, es más interesante conocer la historia manipulada por los años de un anciano que dice ser el primo del hijo del abuelo del ingeniero de la construcción, que lo que te pueda ofrecer un insostenible libro. Estoy harto de limitarme a los conocimientos que pueden ofrecerme esos conjuntos de páginas que contienen información, los libros. Simplemente basta con elegir a una persona, preferiblemente en la temida etapa de la vida conocida como la vejez, que parezca ser portador de la información que ando buscando. Una vez que éste sea escogido, deberé abordarlo en primer lugar con una sarta de preguntas

² http://www.turgalicia.es/sit/ficha_datos.asp?crec=17584&ctre=12317&cid=E

educadas: buenos días, ¿que tal está usted hoy? Hace buen tiempo, ¿no cree? Le diré a todo que sí e intentaré llegar por todos los medios al momento en que la persona me pregunte: Usted no es de aquí, ¿verdad? Entonces, después de confirmar sus sospechas, empezaré con el interrogatorio, primero sobre Galicia en general, después iré profundizando hasta llegar a donde yo quiero: la fuente. Este ejercicio no tiene como único propósito saciar mi sed de conocimientos, sino también agudizar mi ingenio, no me malinterpretéis, no es para manipular a la gente, simplemente para hacerme más ágil mentalmente hablando.

Eso es lo que hago. Al final no solo me entero de lo sucedido aquí, también de rumores que corren, no de poco interés. Así que emprendo mi excursión a mi siguiente parada pensando en todo lo que acabo de escuchar:

¡Ah! Dices esta fuente, sí, no es bonita, ¿verdad? Pero cuando una pasa por aquí todos los días se acostumbra e incluso puede apreciar su belleza. Sí, mi abuela, ¿o era mi bisabuela?, no sé, pero lo importante es que era una de las mujeres que iban allí a buscar agua, ¡pregúntale a cualquiera! Te dirán que era muy famosa la escena en que, justo aquí, donde estamos pisando, quizás tengamos que movernos un poco... pues aquí había una larga fila de mujeres, cada una con sus sellas... aunque probablemente no sepas lo que son, ¿me equivoco? No, ya lo decía yo, ¿cómo explicarlo? A ver... eran como cubos... ¡recipientes! ¡Sí, esa era la palabra! Gracias, muchacho; pues eran recipientes para el agua. ¿Mucha gente? Sí, la había, era como un lugar de reunión, imagínatelo hijo, todas las mujeres esperando, y con todo lo que se hablaba... sí, definitivamente había mucha gente, de hecho, una vez, Flora...

Esto me dice una mujer que probablemente anda por los ochenta años, muy agradable, y que además, me cuenta cosas muy interesantes. Verdaderamente, ejerce como profesora, nunca olvidaré a aquella mujer, se parecía a... ¡no! Tengo que impedirme divagar de esa manera. Así que comienzo a hablar con un señor de tez arrugada y extraño acento, no podría decir de dónde, quizás de los Balcanes... y con, además, un extraño sentido del humor.

Sí, la fuente, no hay mucho que contar, hijo. Pero mira, allá arriba, está la estatua del Atlas, y, te voy a decir una cosa-comenta de repente en susurro- dicen que si por aquí pasara una persona que no haya mentido nunca, la bola del mundo se caerá.

¡Ja!-exclama con un pequeño grito acompañado de un rápido movimiento de su mano para taparse su boca. Parece ser que no quiere que la gente sepa lo que me está diciendo, aunque, sí soy sincero, ya había oído algo de esta leyenda y lo más probable es que la gente de mi alrededor ya la sepa-. Eso es imposible - continúa con renovado secretismo- no hay nadie que nunca haya mentido, ¿tú muchacho? Ja, no sabes que contestar, situación incómoda, ¿no?-acompañando a estas palabras brota de su garganta una risa un tanto escalofriante, me recuerda a... ¡no! Tengo que evitar los recuerdos, mejor que continúe prestando atención a aquel peculiar personaje- no hace falta que contestes, ya sé la respuesta -y otra vez aquella risa. Si sigue así tendré que irme, el pasado, el pasado se me echa encima- ¡eh! solo era una broma, no te pongas así hombre. Sí, ¿cómo dices? ¿la fuente? Ni idea. No me interesan, ¿a tí sí, chico? Bueno, quizá pueda recordar... No, lo siento, en este momento no alcanzo a... Un momento... ¿qué hora es? Las tres y media... vaya, pronto me tendré que ir, a no ser que quieras contarme sí al final tú...-¿cómo no, en este momento vuelven aquellas carcajadas, lo que hace que murmurando excusas

rápidas basadas en lo que primero que se me pasa por la cabeza, le haga saber que me tengo que ir. No miento, debo hacerlo porque mi infancia, aquellos tiempos infelices, vuelvo a revivirlos, me están destrozando. Pero no me voy, simplemente me alejo un poco hasta que veo que se va, entonces vuelvo a mi experimento con el ánimo renovado.

Cuando me doy de bruces con una pared, me doy cuenta de que he estado pensando continuamente en las conversaciones que mantuve hace escasos diez minutos. Me toco la frente y veo dos cosas, la primera que está sangrando y la segunda que me he golpeado contra un muro donde hay una placa en la que pone: Rúa do Vilar. Han quedado unas gotas de sangre, así que las limpió con mi manga. A pesar del dolor de cabeza, puedo sumar dos más dos y descubro que estoy en mi siguiente destino, la Rúa do Vilar.

Ahora sí que no necesito ninguna guía, ¡cómo la voy a necesitar! Estoy en la calle que mejor conozco de la ciudad, una calle que junto a la del Franco (que ya he visitado) y otra que tengo pensado visitar, forma el grupo de tres calles más importantes de la zona. Actualmente es un punto clave dentro del comercio de Santiago. Las fachadas son de piedra y la calle está parcialmente cubierta por los soportales. Todo esto me lleva a una nueva ensoñación. Muchos años atrás la Rúa do Vilar era la calle de los plateros y librereros. ¡Cómo me gustaría haber vivido allí, entre libros y plata! Los plateros eran los artífices que labraban la plata o bien las personas que vendían objetos labrados de plata u oro, o joyas con pedrería. Por otra parte los librereros eran los hombres que tenían como oficio el vender libros. Mis abuelos, de hecho, tenían una librería en aquella calle, esa fue otra de las grandes des-

gracias de mi familia. A medida que el tiempo fue pasando, las tiendas tradicionales como las librerías fueron desapareciendo para ser sustituidas por tiendas de “suvenires” baratos. Y aquella no fue una excepción.

Cuando vuelvo en mí veo que he avanzado un buen trecho, me encuentro en la Casa del Deán, una construcción del siglo XVIII que alberga la oficina de acogida al peregrino. En un principio, sin embargo, su función era bien distinta de la actual. Construida por Fernández Sarela, acogía a los obispos forasteros que llegaban a la ciudad para visitar la Catedral. Según sigo caminando sigo encontrando casas nobiliarias, palacios y soportales hasta que llego a un cruce.

Hacia uno de los lados parte la rúa de Fonseca, que lleva a la ya citada Rúa do Franco. Me gustaría tener tiempo de volver a recorrer todo el camino pero se hace tarde y debo continuar. Así que tomo la otra salida, hacia la derecha, la Rúa de Xelmírez. También recuerdo muy bien la historia de esta calle. De hecho, antes de aspirar a conseguir el doctorado, antes de la repentina muerte de mis abuelos, mientras todavía estudiaba en la facultad, me pidieron como trabajo de curso una extensa redacción sobre ella. A pesar de ello, al ser tarde, tengo que intentar recordar solo lo imprescindible. Diego Xelmírez fue el primer arzobispo de Santiago, el hombre que impulsó la construcción de esa magnífica catedral por todos conocida. Quizás sin él jamás hubiera existido, quién sabe. Para no ser olvidado, esta calle fue bautizada con su nombre, y he de decir que realmente fue un hombre importante en la historia de Santiago de Compostela. A mi derecha encuentro la Rúa Nova, la tercera calle que forma la trilogía de calles más importantes de la zona vieja.

Es una zona de edificios señoriales, con escudos en sus fachadas y, al igual que su “gemela”, soportales. Estos tienen una función muy útil en una ciudad de clima tan lluvioso como el de Santiago aunque últimamente no se puede decir que haya llovido mucho. Sinceramente, a mí no me han sido de demasiada utilidad. Apenas queda una hora y media para que parta el autobús que me llevará al hotel (ya que está un poco apartado). Me siento muy apenado de tener que abandonar la calle pero... el tiempo es oro, así que me doy la vuelta y camino sobre mis pasos, por la Rúa de Xelmírez. Sin embargo me pica la curiosidad por saber algo que no sabía. Al no haber otro remedio, consulto la guía. “Uno de los edificios señoriales de la Rúa Nova es la Casa das Pomas, que tiene tres pequeñas ventanas en los pisos superiores y arcos de medio punto apoyados en columnas en la planta baja.



Rúa de Xelmírez, Santiago de Compostela

Además su decoración se basa en la utilización del símbolo del Cabildo, la Vieira...” No lo puedo resistir más, cierro el cuaderno y melancólicamente echo una última mirada a la calle... ojalá mis hijos estuviesen allí, seguro que les habría encantado.

Cuando llego a la Plaza de las Platerías compruebo mi reloj, me sobran unos minutos así que me acerco, despacio, disfrutando de cada momento. Cuando ya estoy a pocos centímetros de la fuente, cuando ya puedo ver mi rostro reflejado en su cristalina agua, empiezo a pensar, en todo lo que me ha pasado, en todo lo que me ha llevado a Santiago, y finalmente, sin poder evitarlo, mi mente divaga hasta llegar a su historia. No, no me avergüenzo de eso. Es parte de mi vida, parte de mi cerebro, en fin, parte de mí, toda la gente ha de aceptar su naturaleza. ¿Por qué yo no?

Bueno, el caso es que empiezo a recordar. Como siempre. Quizás os aburra con mi forma de ser. Quizás os aburra con la misma frase que repito una y otra vez: no lo puedo evitar.

La fuente fue creada por J. Pernas en el año 1825. ¡Uff! De eso hace muchísimo, sin embargo, no parece tan antigua. De hecho, los detalles que tiene son barrocos, típicamente compostelanos. Me encanta.

Me desplazo un poco hacia atrás y observo todo lo que me rodea. Una magnífica plaza, llamada de las Platerías porque ahí se encuentran las platerías y orfebrerías.

Metó la mano en mi bolsillo y saco una moneda de cincuenta céntimos. La arrojo con fuerza al agua, mientras en mi fuero interno recito las palabras mágicas: “Deseo no estar tan solo. Deseo no olvidar jamás mi viaje a Santiago.”

Si, se trata de una leyenda eso de que tus deseos se cumplen si tiras una moneda a una fuente. Proviene de no sé qué tradición de la Fontana di Trevi. Lo aprendí no solo en los libros, también por propia experiencia. He ido a Italia, ahí fue donde conocí a mi difunta mujer. ¡No! Tengo que olvidar, así que...

Salgo de la plaza de la Platerías. Sin querer, bostezo. Bueno, es comprensible, me he levantado hoy muy pronto para poder disfrutar al máximo de mi visita. Miro hacia arriba, esa es la famosa catedral de Santiago de Compostela. Doy una vuelta sobre mí mismo, ¡qué bonita es la plaza del Obradoiro! Hay gran cantidad de turistas sacando fotos, ¡ya me gustaría a mí poder hacer como ellos! Incluso, si tuviera más tiempo, subiría a los tejados. Seguro que la visita sería magnífica... Y entonces una voz interrumpe mis pensamientos: “¿Podrías sacarme una foto?”. La miro, aparenta unos 36 años. Tiene un aspecto amigable. Sus cabellos,



Fuente de los Caballos, Santiago de Compostela

dorados como el oro, relucen bajo el sol del ocaso y contrastan con sus grandes ojos azules. He de reconocerlo, es muy guapa. Espera... ¿no me había preguntado algo?

No tardo en darme cuenta de que todavía no he apartado la mirada de su rostro. Sonrojado y con voz trémula, le pregunto: "Perdona, ¿qué has dicho?". Ella, con una maravillosa sonrisa, me contesta amablemente: "No pasa nada, solo quería saber si podrías sacarme una foto". Me extiende la mano y añade: "Me llamo Rosa". Tomo en mis manos la cámara que me ofrece. Ella retrocede unos pasos, extiende los brazos hacia el cielo y yo aprieto el botón del disparador. Me agradece mi gentileza y yo, con una sonrisa, le digo adiós. Pero realmente, la sensación que cruza mi corazón es la amargura, no la volveré a ver, jamás. Entonces con la fuerza que da la esperanza le pregunto a dónde se dirige, y ella, tan amable como segundos antes, me dice: "Al Hotel Plazsk German". Creo que ninguna contestación en el mundo podría hacerme más feliz. ¡Yo voy a ese mismo hotel! Sé que nunca la llegaré a querer como a mi primera esposa, sé que nunca podré ser igual de feliz, sé que ella no llegará a curar los males que envuelven mi corazón, pero también sé que ella es lo mejor que me podría pasar. Le pregunto si quiere acompañarme, y ella responde afirmativamente. Juntos, terminamos de cruzar la plaza y bajamos por una ancha rampa de piedra que lleva a una calle llamada Rúa das Hortas. La situación se vuelve un poco incómoda, no tengo nada que decirle y cuando estoy a punto de empezar a recordar la historia de la calle, para mi asombro, ella comienza a hablar:

"¿Sabías que en la Alta edad Media la llamaban Dellatina?".

Asombrado, decido que es el momento de sacar a relucir mis conocimientos históricos de la zona: “Sí, pero solo hasta el siglo XVIII, entonces pasó a llamarse Carreiriña de abajo, o Carreiriña grande. Sin embargo el nombre más utilizado para la calle era Pelambres... Desde 1887 hasta hoy se sigue llamando Rúa das Hortas”.

Ella sonríe y añade:

“Se ve que sabes mucho de esto. Yo soy historiadora, y estoy aquí precisamente para eso, para conocer mejor el origen de esta peculiar ciudad”. Rápidamente respondo: “Soy profesor de historia en la Universidad de Salamanca”.

Como contestación obtengo:

“¿Eres de Salamanca? Yo también, a ver si quedamos algún día... pero un momento, creo que no era por aquí”.

La miro, y después me vuelvo. Sí, tiene razón, nos hemos equivocado. Como es tarde volvemos al cruce sin hablar demasiado. Allí tomamos la calle llamada Rúa das Carretas. Para sorpresa mía mientras la recorremos ni siquiera se me ocurre pensar en su historia, estoy demasiado entusiasmado en nuestra conversación. Solo puedo decir que es bonita y acogedora, con bares tradicionales y marisquerías de famosa reputación, aunque un poco solitaria. Pero toda mi concentración estaba dirigida a mi acompañante, que me habla de una iglesia que acabamos de ver en el cruce entre las tres calles, la iglesia del siglo XVIII de San Fructuoso, diseñada por Lucas Ferro Caaveiro para ser vista desde la plaza del Obradoiro. Es por esto por lo que concentra la mayor parte de su decoración en la parte superior.

Tardamos apenas un minuto en llegar a un cruce de cuatro calles donde tomamos la salida de la Costa de San Francisco. Paulatinamente, subimos la cuesta hasta que vemos un viejo y antiguo convento del año 1214, creado cuando su "mentor" San Francisco de Asís, visitó la ciudad. Dice una vieja leyenda que en esa visita le encomendó a un hombre llamado Cotoiaí el construir un monasterio. A falta de recursos el santo le mostró un tesoro que le permitiría la construcción. Yo apenas conozco la historia de esta construcción, pero sé que en un principio era un edificio gótico del siglo XVIII, aunque de éste tan solo quedan cinco arcos apuntados de piedra en el claustro principal, además del sepulcro del constructor, Cotoiaí.

Mientras la escucho atentamente, una dulce melodía de gaita llega a mis oídos, me vuelvo y veo la Rúa de San Francisco, una calle completamente empedrada por la que caminan estudiantes y peregrinos alegremente. No sé mucho de ella, aunque por lo que me cuenta Rosa supongo que su nombre se debe a la misma persona que el convento, ya que fue muy importante en la historia santiaguesa.

Ya es tarde, miro mi reloj, el autobús sale en tan solo cinco minutos escasos. Juntos vamos a la parada, donde esperamos pacientemente su llegada. No puedo evitar recordar durante este tiempo como un solo día en esta ciudad mágica ha cambiado mi vida. Recuerdo cuando salí de Fonseca, triste y solitario, y recuerdo como todo cambió desde que tiré la moneda a la fuente. ¿Quién me iba a decir a mí que funcionaría? Llevo mucho tiempo solo, sin familia, y ahora... ahora ya no. Tengo a Rosa, sé que acabamos de conocernos pero... también sé que la quiero. Y he tomado una decisión, en cuanto llegue a casa, llamaré a mis hijos, no puedo soportar la idea de vivir más tiempo sin ellos, ya tienen 20 años, y han vivido cuatro de ellos sin mí.

La simple idea de estar separados me atormenta. Y además... ya no temo tanto al pasado, la vida es como una balanza, y espero que Rosa ayude a equilibrar la mía.

Sí, mis padres y mis abuelos murieron, hace años que no hablo con mis hijos, mi mujer falleció, pero no es motivo para dejar de vivir. Tengo que...

De repente, Rosa me toma de la mano y me pregunta: “¿Vamos?” El autobús ha llegado.

Fuentes de Información:

<http://www.minube.com/rincon/praza-do-toural-plaza-del-toral-a1069>

http://gl.wikipedia.org/wiki/Clemente_Fern%C3%A1ndez_Sarela

<http://www.compostelavirtual.com/sitios-interes/rua-do-vilar-santiago-de-compostela-57.html>

<http://www.topciudad.com/santiago/quevisitar>

<http://www.elcorreogallego.es/santiago/ecg/rua-do-vilar-copada-31-tiendas-suvenires-turistas/idEdicion-2007-07-21/idNoticia-190592/>

http://es.wikipedia.org/wiki/Diego_Gelm%C3%ADrez

<http://www.compostelavirtual.com/sitios-interes/casa-das-pomas-santiago-de-compostela-94.html>

<http://www.compostelavirtual.com/sitios-interes/convento-iglesia-san-francisco-santiago-de-compostela-52.html>

[http://es.wikipedia.org/wiki/Convento_de_San_Francisco_\(Santiago_de_Compostela\)](http://es.wikipedia.org/wiki/Convento_de_San_Francisco_(Santiago_de_Compostela))

Autorías de imágenes

Todas las imágenes han sido tomadas por el mismo grupo de “Las Indecisas”, excepto la del Atlas (incluida en el trabajo) y ciertas otras incluidas en el anexo que fueron tomadas por la profesora Lalis, no obstante contamos con el permiso necesario para su utilización.